

S. E. Hinton

REBELDES



ALFAGUARA^{MR}

JUVENIL

CAPÍTULO 1

Cuando salí a la luz del sol brillante desde la oscuridad del cine tenía sólo dos cosas en la cabeza: Paul Newman y volver a casa. Deseaba parecerme a Paul Newman —él tiene aspecto de duro y yo no—, aunque imagino que mi propio aspecto no es demasiado desastroso. Tengo el pelo castaño claro, casi rojo, y ojos gris verdoso. Ojalá fueran más grises, pues me caen mal los tipos de ojos verdes, pero debo conformarme con los que tengo. Llevo el pelo más largo que muchos otros chicos, recto por atrás y largo en la frente y por los lados, pero soy un *greaser*, y por el barrio casi nadie se toma la molestia de cortarse el pelo. Además, me queda mejor el pelo largo.

Me faltaba un buen trecho hasta casa e iba sin compañía, pero por lo general suelo hacerlo solo, no por nada, sino porque las películas me gusta verlas sin que me molesten, para poder meterme en ellas y vivirlas con los actores. Cuando voy con alguien al cine me resulta un tanto incómodo, igual que cuando alguien lee un libro por

encima de tu hombro. En eso soy diferente. Es decir, mi hermano mayor, Soda, que tiene dieciséis años para cumplir diecisiete, no abre un libro en su vida, y el mayor de los tres, Darrel, al que llamamos Darry, trabaja demasiado y muy duro como para interesarse en una historia o ponerse a hacer un dibujo, así que no soy como ellos, y en la pandilla a nadie le gustan los libros y las películas igual que a mí. Por un tiempo pensé que era la única persona del mundo que disfrutaba con ello. Así que me iba solo.

Soda por lo menos procura entenderlo, lo cual es más de lo que hace Darry. Pero es que Soda es distinto a los demás; lo entiende todo, o casi. Por ejemplo, nunca me echa bronca, como lo hace Darry a todas horas, ni me trata como si tuviera seis años en vez de catorce. Quiero a Soda más de lo que nunca he querido a nadie, papá y mamá incluidos. Siempre está encantado de la vida y no para de sonreír, mientras que Darry es seco y severo y casi nunca sonrío. Claro que Darry, a los veinte años, ya ha pasado por casi todo, ha crecido muy deprisa. Sodapop no crecerá nunca. No sé qué es mejor. Me enteraré un día de éstos.

En todo caso, seguí caminando hacia casa, pensando en la película y con unas repentinas ganas de tener compañía. Los *greasers* no podemos andar por ahí mucho tiempo sin que se nos echen encima, o sin que alguien se acerque y suelte un “¡greaser!”, lo cual tampoco es para quedarse tan tranquilo. Los que nos asaltan son los *socs*. No estoy muy seguro de cómo se deletrea, pero es la

abreviatura de *socials*, la clase alta, los niños ricos del West Side. Es igual que la palabra *greaser*, la que se usa para clasificarnos a los chicos del East Side.

Somos más pobres que los *socs* y que la clase media. Seguramente también somos más bestias. No al estilo de los *socs*, que andan por ahí asaltando *greasers* y destrozando casas a patada limpia con latas de cerveza, y que un buen día les dedican un artículo en el periódico por ser una vergüenza pública y una deuda de la sociedad al día siguiente. Los *greasers* somos un poco como los *hoods*; robamos cosas y conducimos viejos coches arreglados y asaltamos gasolineras y armamos una pelea entre pandillas de vez en cuando. No es que yo haga cosas así. Darry me mataría si me metiera en líos con los polis. Desde que mamá y papá murieron en un accidente de coche, nosotros tres hemos aprendido a estar unidos, comportándonos debidamente. Así que Soda y yo nos mantenemos lejos de los problemas todo lo posible, y cuando no hay más remedio, tenemos mucho cuidado de que no nos agarren en medio. Quiero decir que muchos *greasers* hacen cosas de ésas, igual que nosotros llevamos el pelo largo y vestimos pantalones de mezclilla y camisetas, o nos dejamos por fuera los faldones de la camisa y nos ponemos chamarras de cuero y camisetas o botas. No pretendo decir que los *socs* o que los *greasers* sean unos mejores que otros, para nada; simplemente, así son las cosas.

Podría haber esperado a que Darry o Sodapop salieran del trabajo para ir al cine. Me habrían acompañado, o

me habrían llevado en coche, o hubiéramos venido caminando, aunque Soda no puede estarse quieto y sentado el tiempo necesario para disfrutar de una película, y a Darry el cine lo mata de aburrimiento. Darry opina que ya tiene bastante con su vida como para meterse en la de otras personas. O si no, podría haberme traído a uno de la pandilla, uno de los cuatro chicos con los que Darry, Soda y yo hemos crecido juntos y a los que consideramos de la familia. Estamos casi tan unidos como hermanos; cuando creces en un barrio tan cerrado como el nuestro, terminas por conocer a los otros verdaderamente bien. De haberseme ocurrido, habría llamado a Darry, que habría venido a recogerme, o si no, Two-Bit Mathews —uno de la pandilla— me habría llevado en su coche si me hubiera acordado de pedirselo, pero es que a veces no uso la cabeza. Mi hermano Darry se enoja cada vez que hago cosas así, pues por algo se supone que soy un chico listo; paso los cursos con buenas calificaciones y tengo un coeficiente intelectual elevado y todo eso, pero no uso la cabeza. Además, me gusta caminar.

Estaba a punto de decidir que tampoco me gusta tanto, cuando vi aquel Corvair rojo que me seguía los pasos. Estaba casi a dos cuadras de casa, así que empecé a caminar un poco más aprisa. Nunca me habían asaltado, pero vi a Johnny después de que cuatro *socs* lo agarraron desprevenido y, la verdad, no quedó muy bien que digamos. Después de aquello, a Johnny le daba miedo hasta su sombra. Johnny tenía dieciséis años.

Supé que no serviría de nada —caminar deprisa, quiero decir— incluso antes de que el Corvair parara a mi lado y bajaran de él cinco *socs*. Me asusté bastante —soy más bien pequeño para tener catorce años, aunque tengo buena complexión, y aquellos tipos eran mucho más grandes que yo—. Automáticamente, metí los pulgares en los bolsillos y me alejé cabizbajo, preguntándome si lograría salir de aquélla si al menos intentara escabullirme. Me acordé de Johnny —de su cara toda cortada y magullada, y me acordé de cómo lloró cuando lo encontramos, medio inconsciente, en un rincón de un terreno abandonado—. En su casa, Johnny se las veía muy duras; costaba mucho trabajo hacerlo llorar.

Estaba sudando a chorros, aunque tenía frío. Sentí cómo se me humedecían las palmas de las manos y cómo me chorreaba la transpiración por la espalda. Así es como me pongo cuando me asusto de verdad. Miré alrededor en busca de una botella, un palo o algo —Steve Randle, el mejor amigo de Soda, una vez mantuvo a raya a cuatro tipos empuñando una botella rota—, pero no había nada. Así que me quedé donde estaba, quieto como un clavo, mientras me rodeaban. No uso la cabeza. Caminaron a mi alrededor lenta y silenciosamente, sonriendo.

—¡Ey, *greaser*! —dijo uno con voz excesivamente amistosa—. Te vamos a hacer un favor, *greaser*. Te vamos a cortar todo ese pelo grasiento.

Llevaba una camisa de algodón fino. Todavía la veo. Azul. Uno de ellos se rio y luego me maldijo en voz baja. No se me ocurría nada que decir. Simplemente, no hay

muchas cosas que decir mientras esperas a que te den una paliza, así que cerré la boca.

—¿No te hace falta un buen corte de pelo, *greaser*?
—el rubio de mediana estatura sacó una navaja y la abrió con un golpe seco.

Finalmente se me ocurrió decir algo.

—No.

Retrocedí, alejándome de la navaja. Claro que retrocedí hasta caer justo encima de otro. Me derribaron en un segundo. Me sujetaron los brazos y las piernas, y uno se me sentó encima del pecho, con las rodillas sobre mis codos, y si te parece que eso no duele es que eres idiota. Olía a loción de afeitar English Leather y a tabaco rancio, y me pregunté con cierta estupidez si esos olores no me ahogarían antes de que me hicieran algo. Estaba tan asustado que casi deseaba asfixiarme. Luché por soltarme, y durante un segundo estuve a punto; luego me apretaron más, y el que tenía encima me soltó un par de bofetadas. Así que me quedé quieto, insultándolos entre jadeos. Tenía una navaja sobre la garganta.

—¿Entonces prefieres que el corte de pelo empiece justo debajo de la barbilla?

Me dio la impresión de que eran capaces de matarme. Me volví loco. Empecé a gritar, a llamar a Soda, a Darry, a cualquiera. Alguno me tapó la boca con la mano y lo mordí con todas mis fuerzas; noté el sabor de la sangre, que me corría entre los dientes. Oí que mascullaba una palabrota y me llevé otro par de golpes; luego me metieron un pañuelo en la boca.

—Que se calle, por lo que más quieras, haz que se calle —repetía uno.

Luego se oyeron gritos y pisadas, y los *socs* pegaron un salto y me dejaron allí tendido, jadeando. Me quedé allí, preguntándome qué diablos ocurría: la gente iba y venía, pasaban a mi lado empujándome; estaba demasiado aturdido para entender. Luego alguien me agarró de las axilas y trató de ponerme en pie. Era Darry.

—¿Estás bien, Ponyboy?

Me zarandeaba. “Ojalá se esté quieto”, pensé. Ya estaba bastante mareado. Pese a todo, supe que era Darry, en parte por la voz y en parte porque él siempre es un poco bruto conmigo, aun sin querer.

—Estoy bien. Suéltame, Darry, estoy bien.

Al instante dejó de sacudirme.

—Lo siento.

En realidad no lo lamentaba. Darry nunca se arrepiente de nada que haya hecho. A mí me resulta divertido que se parezca tanto a mi padre y que actúe siempre al contrario que él. Mi padre sólo tenía cuarenta años cuando murió, pero aparentaba veinticinco y mucha gente creía que papá y Darry eran hermanos en vez de padre e hijo. Pero sólo se parecían; mi padre nunca fue bruto con nadie, ni siquiera sin querer.

Darry mide uno noventa y tantos, es ancho de hombros y muy musculoso. Tiene el pelo castaño oscuro, con un remolino en la frente y otro menor en la nuca —igual que papá—, pero tiene los ojos distintos. Son ojos como

dos pedazos de hielo azul verdoso. Tienen un aire decidido, muy suyo, como todo él. Aparenta más de veinte años, y es duro, tranquilo y listo. Sería verdaderamente guapo si sus ojos no fueran tan fríos. No entiende nada que no sean hechos sin vuelta de hoja. Pero usa la cabeza.

Volví a sentarme, frotándome la mejilla que más me habían golpeado.

Darry apretó los puños en los bolsillos.

—No te hicieron mucho daño, ¿verdad?

Sí me lo habían hecho. Me ardía y me daba punzadas; hasta el pelo me dolía, y estaba tan nervioso que me temblaban las manos y tenía ganas de ponerme a llorar, pero ésas no son cosas que le puedas contar a Darry.

—Estoy bien.

Sodapop se acercó a grandes pasos. Para entonces ya me había dado cuenta de que todo aquel ruido que había oído eran los de la pandilla, que venían a rescatarme. Se sentó a mi lado y me examinó la cabeza.

—Te llevaste uno que otro corte, ¿eh, Ponyboy?

Sacó un pañuelo, humedeció la punta con la lengua y me lo apretó con cuidado sobre la sien.

—Sangras como un cerdo en el matadero.

—¿Sí?

—¡Mira! —me mostró el pañuelo, enrojecido como por arte de magia—. ¿Era una navaja?

Recordé la voz: “¿No te hace falta un buen corte de pelo, *greaser*?”. La hoja debía de habersele resbalado mientras intentaba callarme.

—Sí.

Soda es más guapo que cualquiera de los chicos que conozco. No como Darry: Soda tiene ese aire de estrella de cine que hace que la gente se detenga en la calle y se dé vuelta para verlo pasar. No es tan alto como Darry y es un poco más delgado, pero tiene una cara finamente dibujada, delicada, que de alguna manera se las arregla para verse pensativa y temeraria al mismo tiempo. Tiene el pelo rubio oscuro y se lo peina hacia atrás, largo, sedoso y recto, y en verano el sol se lo aclara hasta hacerlo parecer dorado como el trigo. Tiene los ojos oscuros —ojos vivos, danzarines, provocadoramente risueños, que en un instante saben ser amables y simpáticos y, al siguiente, relampaguear de indignación—. Tiene los ojos de papá, pero Soda es único. Es capaz de emborracharse con una carrera de *drags** o nada más bailando, sin acercarse al alcohol para nada. En el barrio es difícil encontrar un chico que no se eche sus alcoholes de vez en cuando. Pero Soda no toca ni una gota; no le hace falta. Se emborracha nada más con vivir. Y entiende a todo el mundo.

Me observó más de cerca. Aparté la mirada rápidamente porque, si quieres que te diga la verdad, estaba a punto de ponerme a llorar. Sabía que estaba tan pálido como me sentía, y que temblaba como una hoja.

Soda me puso la mano en el hombro.

—Tranqui, Ponyboy. Ya no te harán daño.

* Coches modificados.

—Ya lo sé —dije, pero el suelo se puso borroso y sentí lágrimas calientes que me rodaban por las mejillas. Me las limpié con impaciencia—. Sólo estoy un poco asustado, nada más —solté un suspiro tembloroso y dejé de sollozar.

No puedes echarte a llorar delante de Darry. No, a menos que te hayas llevado una paliza como la que le dieron a Johnny aquel día que lo encontramos en el terreno. En comparación con Johnny, a mí no me habían hecho nada.

Soda me revolvió el pelo.

—Eres un tipo genial, Pony.

Tuve que sonreírle; Soda es capaz de hacerte reír con cualquier cosa. Imagino que es porque siempre está sonriendo.

—Estás más loco que una cabra, Soda.

Darry nos miró como si tuviera ganas de hacer chocar nuestras cabezas.

—Los dos están como unas cabras.

Soda no hizo más que alzar una ceja, un truco que había aprendido de Two-Bit.

—Parece que es cosa de familia.

Darry se le quedó mirando fijamente un momento y después se echó a reír. Sodapop no le tiene miedo como los demás, y le encanta tomarle el pelo. Yo preferiría reírme en la cara de un oso gris de tamaño natural; pero, sea como sea, parece que a Darry le hace gracia que Soda le tome el pelo.

Nuestra pandilla había perseguido a los *socs* hasta su coche y los había apedreado. Volvieron corriendo a donde

estábamos —cuatro tipos duros y flacos—. Todos eran duros como rocas, bastaba verlos para darse cuenta. Yo había crecido con ellos, y me aceptaban pese a ser más joven porque era el hermano menor de Darry y Soda y sabía mantener la boca cerrada.

Steve Randle tenía diecisiete años; era alto y flaco, con un pelo espeso y grasiento que se peinaba en complicados rizos. Era un tipo arrogante, agudo, y el mejor amigo de Soda desde que dejó la escuela. Su especialidad eran los coches. Era capaz de quitar un tapón de neumático más rápido y haciendo menos ruido que cualquier otro del barrio, pero también conocía los coches de arriba abajo y por delante y por detrás, y sabía conducir cualquier cosa con ruedas. Él y Soda trabajaban en la misma gasolinera —Steve por horas y Soda todo el día—, que tenía, por cierto, más clientes que cualquier otra en la ciudad. Quizá fuera porque Steve era tan bueno con los coches o porque Soda atraía a las chicas como la miel a las moscas, no sabría decírtelo. Apreciaba a Steve sólo porque era el mejor amigo de Soda. Yo no le hacía ni pizca de gracia; pensaba que era un perrito faldero y un niño. Soda siempre me llevaba cuando salían, siempre y cuando no fueran con chicas, y eso a Steve le fastidiaba. No era culpa mía: Soda siempre me llamaba, yo no se lo pedía. Soda no piensa que soy un niño.

Two-Bit Matthews era el más viejo de la pandilla y el más bromista de todos. Medía más o menos uno noventa, bastante robusto, y estaba muy orgulloso de sus largas patillas color rojo oxidado. Tenía los ojos grises y

una ancha sonrisa, y no podía dejar de hacer comentarios divertidos aunque le costara la vida. Era imposible hacer que se callara; siempre se las arreglaba para decir sus dos sandeces. De ahí el apodo. Hasta los profesores olvidaron que su verdadero nombre era Keith, y nosotros apenas recordábamos que alguna vez lo había tenido. La vida era una gran broma para Two-Bit. Era famoso por su habilidad para robar en las tiendas y por su navaja de cachas negras (que no podría haber adquirido sin ese primer talento); siempre andaba bromeando y haciendo chistes con los polis. En realidad no podía evitarlo. Todo lo que decía era tan irresistiblemente divertido que simplemente tenía que lograr que la tira se enterara, aunque sólo fuera para iluminar sus aburridas vidas (por lo menos así me lo explicó). Le gustaban las peleas, las rubias y, por alguna extraña razón, la escuela. A los dieciocho todavía seguía en secundaria y nunca había aprendido nada. A mí me caía muy bien porque nos hacía reír de nosotros mismos tanto como de otras cosas. Me recordaba a Will Rogers, quizá por la sonrisa.

Si tuviera que elegir al verdadero personaje de la pandilla, me quedaría con Dallas Winston, Dally. Antes me gustaba dibujarlo cuando andaba enojado, porque podía plasmar su personalidad con unos cuantos trazos. Tenía cara de duende, con pómulos muy salientes y mentón huidizo, dientes pequeños y afilados, como de animal, y orejas como las de un lince. De tan rubio, tenía el pelo casi blanco; no le gustaba cortárselo ni ponerse gomina,